





19.

Emanuel: el príncipe fauno

Hijo de una familia adinerada y profundamente devota al Dios Supremo y Todopoderoso Elohim Shaddai, Emanuel nació tras la pérdida del primogénito de la familia, tragedia que les arrebató la fe. En su desesperación, decidieron encomendarse a Brianda, la Ninfá del Dragón de Agua, quien intercedió ante los antiguos dioses de la tierra. A cambio de un milagro, exigió la devolución de las tierras sagradas que aún estaban en poder de su linaje a los pueblos originarios.

Durante un ritual oscuro, entre humo espeso, sangre animal y hierbas sagradas, Brianda colocó un huevo de piedra en el vientre de la madre. Según la ninfá, ese huevo contenía al fauno hijo de Calanthir, un ser mitológico destinado a despertar con el poder de los elementales y servir como guardián de los seres mágicos.

El parto transcurrió tal y como lo habían soñado: nació un niño enérgico, de mejillas rosadas, enormes ojos con pestañas de princesa y una sonrisa pícara que llenó de amor sus vidas. Sin embargo, ignoraban su verdadera naturaleza. Durante meses, todo fue perfecto. Un día, mientras almorzaban en la cocina, Emanuel comenzó a ahogarse. Su padre, alarmado, lo alzó e intentó ayudarlo y de su boca brotó una cantidad descomunal de agua que inundó la habitación, transformando el lugar en una pecera gigante donde el pequeño nadaba como si fuera un animal nativo.

El padre se zambulló para rescatarlo, pero al alcanzarlo notó que su piel se había vuelto rugosa y fuerte, con orejas puntiagudas y pequeños brotes óseos en la cabeza, presagio de los cuernos del fauno. Horrorizado, lo soltó, y Emanuel emergió por la chimenea, nadando sobre un torrente que lo acompañaba fuera de la casa, dejando tras de sí flores y huevos de piel escamosa que eclosionaron en pequeños animales.

Sus padres, paralizados, observaron desde la ventana cómo Brianda aparecía para recibir al niño y, con una sonrisa serena, agradecía por haber cumplido el pacto: criarlo hasta su despertar.

Emanuel era ahora el Príncipe Fauno, bendecido por los espíritus de la naturaleza. Su sed por explorar el mundo lo llevaba constantemente a vivir divertidas aventuras en compañía de los animales del bosque y de los espíritus que habitaban su reino. Poseía maravillosas habilidades sobrenaturales que le permitían sobrepasar los límites de cualquier humano o animal.

Un día, lanzándola con especial destreza, la pelota desapareció tras innumerables rebotes, hasta llegar a los Pantanos de Melquiria. Preocupado, Emanuel cruzó los límites que los espíritus le habían prohibido atravesar. Tras buscar todo el día, escuchó una voz femenina, suave y dolida, que afirmaba haber encontrado su objeto. Era Agnes, quien desde el Pozo de las Viudas -un lugar del que nada regresa- le mostró la pelota, pero se detuvo al ver el colgante que Emanuel llevaba: una Lágrima de Cristal, fragmento de los dioses, entregado a los seres mágicos tras las Guerras de los Eternos. Emanuel ignoraba su valor, pero Agnes no.

En una anterior misión, Agnes había sido enviada por la Hermandad tras una pista errada. Esperaba hallar a un anciano fauno, pero encontró a un niño. Vio en su inocencia una oportunidad para cumplir una misión fallida en el pasado. Con astucia, fingió gratitud y le confesó estar atrapada. Durante horas hablaron; él, conmovido, le llevó frutas, bayas y agua. Agnes, en agradecimiento, compartió palabras cargadas de dolor que buscaban comprensión. El joven príncipe la escuchó con empatía, haciendo preguntas torpes pero sinceras.

De regreso en su hogar -la Gruta del Corazón Verde, una cueva oculta tras una enorme y caudalosa cascada, con un hermoso ecosistema interno, recamaras formadas en su interior por raíces retorcidas y de madera viva, llena de flores con aromas dulces que atraían a las pequeñas hadas y un suave musgo que brillaba en la oscuridad, dando un toque mágico y acogedor al hogar del joven príncipe- contó lo ocurrido a su madre adoptiva. Brianda, alarmada, le prohibió volver al pantano, prometiéndole una nueva pelota, incluso mejor que la anterior, a cambio del olvido. Pero Emanuel, atrapado por la fascinación, desobedeció. Volvió una y otra vez, llevando comida y afecto a Agnes. Ella, con dulces palabras, alimentó su ilusión, haciéndole creer que la Lágrima podría unirlos para siempre.

Durante meses, su obsesión creció. Emanuel ya no jugaba; vivía angustiado. Cuando no la visitaba, buscaba consejo entre animales y espíritus, pero todos coincidían en lo mismo: no era una buena idea. Sin embargo, cuando la razón te traiciona, todo carece de importancia, más allá de lo deseado.

Movido por el deseo de liberarla, consultó a las ninfas de las montañas, pero ellas le indicaron que no podían hacer nada al respecto de forma directa, pues iría en contra de la naturaleza misma. Sin embargo, existía una pequeña posibilidad de salvarla, la cual no recomendaban seguir debido a las graves consecuencias que traería consigo. Le indicaron al joven príncipe que podría inundar el pantano hasta el punto de acariciar las montañas y, así, llenar el pozo para liberar a su preciada amiga, pues las viudas deberían abandonar el lugar y así la magia sería cancelada. Pero le enseñaron que un verdadero guardián escucha su corazón... y la naturaleza que en él habita.

Emanuel, cegado por el amor, ignoró las advertencias. Esperó la luna llena, invocó a los Elementales y provocó una tormenta. Todas las aves migraron en un ruidoso aleteo desesperado, mamíferos de toda clase corrieron despavoridos por donde podían, aplastando a los más pequeños y destruyendo plantas a su paso; mientras peses y anfibios trataron de nadar contra la corriente que los estaba llamando. Los vientos soplaron con fuerza, las nubes se arremolinaron y una fuerte lluvia sació la sed de

su imploración. Oscuridad, truenos y destellos intermitentes atendieron a los designios del joven príncipe en cuestión de segundos.

Todo fue un hermoso caos orquestado por el deseo y las buenas intenciones de Emanuel. En poco tiempo, los pantanos se diluyeron. La tierra dio color al agua y juntos acobijaron las montañas con todo lo que se interpuso a su paso. Las viudas, desorientadas y enfurecidas, huyeron jurando venganza.

Emanuel la esperaba con el corazón abierto y una gran sonrisa de satisfacción a la mujer con la que había soñado tantas noches. Ella le correspondió con un fuerte abrazo y un beso en la frente, entregando en sus manos un objeto que ya había perdido valor alguno. El príncipe intentó besarla en los labios, pero fue rechazado y con asombro y desconsuelo, le ofreció una vida juntos, prometió acogerla y cuidarla por siempre, pero Agnes tan solo le indicó que era muy joven y que tenía mucho que aprender sobre la naturaleza humana.

Mientras la mujer se alejaba, indiferente al dolor que había causado, Emanuel notó que La Lágrima de Cristal ya no estaba en su cuello, y comprendió que Agnes lo había engañado, llevándose consigo el regalo de su madre y un poder que más tarde comprendió. El chico cayó al suelo desconsolado y miserable, por darse cuenta de su enorme error. Todo el reino se encontraba en desastre debido a sus imprudentes acciones y aquella persona a quien había anhelado por tanto tiempo, no apreciaba su enorme sacrificio.

Con sus pupilas como charcos donde se ahogaban las palabras, imploró perdón. Llamó a los espíritus para calmar aquel llanto de la naturaleza. El cielo se despejó, el sol acarició las montañas y el viento trajo consuelo. Los animales volvieron, guiados por la honestidad de su arrepentimiento. Avergonzado, Emanuel regresó donde Brianda. Se postró ante ella, le pidió perdón por desobedecerla y juró nunca más contradecir su guía. Prometió usar su error como lección para convertirse en un verdadero guardián del reino, digno heredero del legado de Calanthir.



Haz que esta historia hable.
Escanea el código y escúchala
cobrar vida.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.